

llamado Kopovski que se ocupaba casi exclusivamente de Marina, y notando que ésta contestaba sonriendo á las frases más ó menos tontas del pisa-verde. Sin embargo, acabó por experimentar una cólera sorda, al ver el interés que ésta parecía manifestar á Kopovski, y durante toda la comida estuvo de malhumor.

—No quiero desvanecer la buena impresión que Kopovski le ha producido á V.—respondió á Marina cuando ésta le pidió su parecer sobre la fiesta.

—Pero, ¿no encuentra V. que es un hombre que merece ser observado?—continuó esta con una ligera sonrisa provocada por sus celos.

—Sí, sí, en efecto; se pavonea por la calle y anda con la punta de la nariz hacia arriba, á riesgo de cojer un torticoli.

Marina se habría reído de muy buen grado, pero supo dominarse.

—¡Qué! ¿Acaso sería usted celoso?

—¿Yo? nada de eso.

—¿Quiere V. que le cuente el asunto de nuestra conversación? Fué el caso que ayer, durante el concierto, ocurrió un caso de catalepsia. Le he preguntado al señor Kopovski si había visto al cataléptico, y ¿á qué no acierta V. lo que me ha contestado? Oigalo V.: «Cada cual es libre de tener sus convicciones». ¿No le parece que es un hombre singular?

Polaniecki no pudo menos de reirse, y durante el resto del día ya no volvió á perder su acostumbrado buenhumor.

Como el coche del señor Plavicki no tenía más que dos asientos, Polaniecki no los pudo acompa-

ñar á casa. Después de haberse despedido de ellos, disponíase á alejarse, cuando Marina, inclinándose hacia él le preguntó:

—¿El señor mal genio vendrá mañana, después de comer, á encontrarme?

—Sí, vendrá, porque la quiere á V. tanto...—murmuró Polaniecki mientras le arreglaba la pelliza alrededor de los pies.

XXIX

Bukacki estaba invitado también á la boda de Polaniecki. La respuesta á esta invitación estaba concebida en estos términos:

«Arrancar las fuerzas creadoras de la Naturaleza de su estado normal de quietud, y obligarlas por medio del matrimonio á traer al mundo cierto número de seres que necesitan una cuna, y cuya única ocupación consiste en chuparse el dedo pulgar, se tiene que considerar como un delito.

» A pesar de esto, he decidido aceptar vuestra invitación, porque ahí las estufas son más calientes que en Italia.

BUKACKI.»

En efecto, ocho días después de la fecha señalada para el matrimonio, regresó á Varsovia. A Polaniecki le trajo como regalo una especie de pergamino parecido á un anuncio de defunción, artísticamente pintado y encima del cual se leía esta inscripción: «Estanislao Polaniecki, tras una larga y pesada vida de soltero, etc.»

Este rasgo de ingenio gustó mucho á Polaniecki, y al día siguiente, se llevó el pergamino para enseñárselo á Marina. Habíasele olvidado que aquel día era domingo, y tuvo una desagradable sorpresa al encontrar á Marina vestida para salir.

—¿Sale V. de casa?—la preguntó.

—Sí, voy á misa. Hoy es domingo.

—¡Domingo!... Sí, es verdad. Habría estado tan contento de poder charlar un poco con usted.

La joven alzó hacia él sus apacibles ojos y le dijo con tono sencillo.

—¿Y el servicio de Dios?

Polaniecki no podía figurarse que estas sencillas palabras debían tener luego cierta influencia sobre la transformación de su espíritu que no estaba todavía bastante perfeccionado, por cuya razón no se fijó en ellas, y contestó casi maquinalmente:

—¡El servicio de Dios! ¡es verdad! Tengo libre el tiempo; vamos juntos.

Marina le miró sorprendida, y por el camino, le dijo:

—Cuanto más dichosa soy, más obligada me creo para con Dios.

—Es una cosa que le honra, no es necesario acordarse de Dios únicamente cuando Dios es necesario.

En la iglesia, á Polaniecki le acudió á la mente el recuerdo de su estancia en Kerzemien, cuando él y Plavicki asistieron á la misa mayor en la iglesia de Vataré. En aquel momento le perseguía la idea de que no es posible ponerse de acuerdo con la vida, si uno no se reconcilia con la muerte, y sin una firme creencia en la vida futura esto es abso-

lutamente imposible. Una vez admitida la fe en una vida de ultratumba todo está superado, porque, ¿qué más se puede desear? La esperanza en una nueva vida proporciona la seguridad, la tranquilidad y la paz. La mejor prueba de esta verdad la ofrecía en aquel momento Marina. Por razón de su miopía tenía inclinada la cabeza sobre el libro de oraciones, pero cuando levantaba la cabeza Polaniecki se sentía profundamente conmovido, ante la tranquila, serena, casi angelical expresión del rostro de la joven.

Mientras regresaban de la iglesia Polaniecki le dijo á Marina:

—En la iglesia parecía V. tan serena, tan beatíficamente feliz que me recordaba V. los cuadros de Fray Angelico.

—Realmente soy feliz ¿y sabe V. por qué? Porque me he vuelto más buena. He sufrido mucho por tristes circunstancias, sentía una profunda indignación, y una amargura cada día más creciente invadía mi alma. Sostiénese que la desgracia ennoblece á las naturalezas escogidas, pero yo no soy una naturaleza escogida y la amargura y el abatimiento me consumen, me envenenan el alma.

—¿De modo que me ha odiado V. mucho?

—Tanto, que mi odio me hacía pensar siempre en usted.

—Masko lo había adivinado. «Ella, me dijo cierto día, quiere más odiarte á tí que amarme á mí.»

—Es verdad.

Polaniecki la acompañó hasta su casa y llegado allí le mostró el pergamino de Bukacki. A ella no le gustó la broma.

Para ella el matrimonio era una cosa sagrada y de consiguiente dijo:

—Sobre ciertas cosas no se debería bromear.

Después de comer, compareció Bukacki. Se había puesto más flaca, una prueba contra la virtud del Chianti contra el catarro intestinal, su nariz había adelgazado todavía más; su rostro irónico, risueño y humorístico había tomado cierto aspecto apergaminado y á duras penas alcanzaba las dimensiones del puño de un hombre. Como era pariente tanto de Polaniecki como de Marina, con ellos, hablaba todavía con más libertad que con las demás personas,

Apenas había cruzado el dintel de la puerta había empezado ya á gritarles que la locura del día se había hecho general, y que de consiguiente no era de estrañar que se hubiesen prometido; pero que en cambio tenía que compadecerles en gran manera. El había abrigado siempre la esperanza de salvarles, pero comprendía que había llegado demasiado tarde y que de consiguiente no tenía más remedio que resignarse. Marina le miraba cada vez más disgustada: Polaniecki más indulgente, le gritó:

—Guarda tus bromas para el discurso que tendrás que pronunciar el día de la boda, y cuéntanos ahora algo de nuestro profesor.

—Se ha vuelto completamente loco,—contestó Bukacki.

—¿Pero cuándo acabaréis de bromear?—le preguntó Marina con aire de reproche.

Pero Bukacki, como si nada hubiese oído continuó:

—El profesor Varcovski se ha vuelto loco y voy á daros la prueba ahora mismo. En primer lugar está dando vueltas por Roma, ó más bien daba vueltas porque actualmente se halla en Perugia, con la cabeza al aire; en segundo lugar, se ha peleado con una joven y graciosa inglesita sosteniendo que los ingleses no más son cristianos en su casa y que habrían debido tratar algo más cristianamente á los irlandeses; en tercer lugar ha hecho imprimir una memoria en la cual expone la opinión de la juventud arriana. Y me parece que con esto hay bastante.

—Todas estas cosas las sabía yo antes de que partiera, y si no le ha acaecido nada peor, espero volverle a ver pronto en buena salud.

—No piensa volver.

Polaniecki sacó del bolsillo un libro de notas, y con el lápiz escribió en él algunas palabras, y después lo entregó á Marina, diciendo:—Léalo V. y luego dígame si aprueba lo que he escrito.

—Cuando alguien escribe en mi presencia, quiere decir que me tengo de retirar,—observó Bukacki.

—No, no; no tenemos secretos.

Marina se sonrojó de gozo, no acertando á creer á sus propios ojos.

—¿Es cierto? ¿de veras? ¿sí?

—Depende de usted, adorada señorita.

—¡Oh, señor Stach! ni me habría atrevido á soñarlo. Corro á decírselo á papá.

Dicho esto, salió corriendo de la habitación.

—Si yo fuese poeta,—observó Bukacki,—me ofendería.

—¿Y por qué?

—Porque dos palabras trazadas en un pedazo de papel por la mano de un socio de la Casa Bigiel y Compañía, producen mayor impresión que el mejor soneto de este mundo. De modo que más vale ser mozo de molino que poeta.

Marina en su alegría, había dejado encima de la mesa el libro de notas. Polaniecki lo recogió y lo entregó á Bukacki, diciendo:

—Lee.

—«Después de casados, Venecia, Florencia, Roma, Nápoles. ¿Estás contenta?» —leyó Bukacki, añadiendo:—ó lo que es lo mismo, un viaje por Italia.

—Figúrate que la pobrecita no ha ido jamás al extranjero. Italia es el país que más ha deseado visitar; por lo tanto su alegría es natural, y yo estoy contento por ella.

—¡Amar á Italia! ¡Dios mío! ¡Qué antiguo es eso!

—Pero siempre es nuevo. Enamórate y verás como tengo razón.

—Amigo mío, ahora se trata, no de lo que no me gusta todavía, sino de lo que no gusta ya. Hace mucho tiempo que he exhumado la esfinge de la arena donde estaba sepultada. Ya no existen enigmas para mí.

—Créeme, Bukacki, cástate.

—No puedo, tengo demasiado débiles los ojos y el estómago más débil todavía.

—Esto no puede ser un impedimento.

—Mira, á la mujer se la puede comparar con una delgada hoja de papel blanco, escrita por una cara por un demonio y por la otra por un ángel. Como

queel papel es delgado, las dos escrituras se confunden, y nadie entiende una palabra.

—Nada hay sagrado para tus bromas.

—Y sin embargo tendré que morir, como morirás tú que te casas...

La aparición de Marina, que en aquel momento entraba en compañía de su padre, le vino á interrumpir. Plavicki corrió al encuentro de Polaniecki y le abrazó, diciendo:

—Marina me ha dicho que después de casados queréis hacer un viaje á Italia.

—Si mi futura señora lo consiente.

—La futura señora,—exclamó Marina,—no sólo lo consiente, sino que se á vuelto loca de alegría, y de buena gana se pondría á saltar por aquí como una chiquilla de diez años.

—Si la bendición de un pobre viejo puede seros útil durante ese largo viaje,—empezó á decir Plavicki con solemne acento,—hago sobre vosotros la señal de la cruz y os deseo un buen viaje.

Esto diciendo miró al techo y estendió la diestra, con gran risa de Bukacki; pero Marina le cogió suavemente el brazo y besándole la mano dijo riendo.

—Aún hay tiempo papá, no partiremos hasta después de casados.

—Y en el fondo, ¿qué es un viaje?—preguntó Bukacki.—Se toma una guía, se arregla el equipaje, y todo se ha concluido.

Plavicki se volvió hacia su joven amigo dirigiéndole una mirada de reproche, y con tono enfático le dijo.

—A tal punto ha llegado usted, que desprecia la bendición de un anciano, de un padre cariñoso.

Bukacki sin hacer tantas ceremonias abrazó á Plavicki, le besó la orla del vestido y dijo:

—Supongo que el venerable anciano querrá jugar una partida de brisca, á fin de que así estas dos cabezas de chorlito podrán hablar á sus anchas.

—Con mucho gusto,—contestó el viejo.

—Tomadme en calidad de guía para vuestro viaje en Italia,—repuso Bukacki dirigiéndose á los novios.

—Por nada del mundo,—contestó Polaniecki.—Conozco poco la Italia, pero deseo ver lo que á mí me acomode sin que me vengas á influir tú. Conozco lo bastante tu modo de pensar, y sé que en conclusión tenéis en más estima vuestras opiniones que el arte mismo. Así son,—prosiguió dirigiéndose á Marina:—pierden el conocimiento del arte noble y verdadero, están hastiados y únicamente se interesan por lo que en su juicio colocan bajo un punto de vista favorable. No se interesan por los grandes Maestros que nosotros podemos conocer solos, y no se cuidan más que de individuos insignificantes cuyos nombres jamás han llegado á oídos de nadie. Si lo tomáramos por guía, no podríamos visitar las iglesias; á donde nos llevaría sería á ver esas curiosidades que tienen que observarse con el microscopio. Estos señores, Marina, son unos seres sobrenaturales hastiados de todo, mientras que nosotros somos unos simples mortales.

Marina miró enorgullecida á su novio como si quisiera decir.

—Eso se llama hablar.

—Yo no soy un inteligente en cosas de arte,—replicó Bukacki.

—Vaya si lo eres.

—No, lo que hay es que tengo mis ideas propias, más no por esto quiero influir en los gustos de los demás. Usted, señorita Marina, tiene que creerme á mí y no á Polaniecki.

—Eso no, yo creo á Polaniecki.

—Era de prever,—observó Bukacki.

Marina miraba perpleja ora al uno ora al otro: afortunadamente en aquel instante entró Plavicki con la baraja, á invitó á Bukacki á tomar sitio en el velador.

Los dos novios prosiguieron su diálogo.

Bukacki empezó a aburrirse; su buen humor había desaparecido, su cara minúscula se achicó todavía más, y la nariz se le puso todavía más delgada.

Mientras se dirigían á sus respectivos domicilios, dijole Polaniecki:

—Has perdido todo tu ingenio.

—Sí,—respondió Bukacki,—yo me parezco á una máquina: mientras tengo combustible, ando desahogadamente; pero en cuanto se me acaba el carbón, me paro.

Polaniecki levantó los ojos hacia él.

—¿Qué combustible empleas?

—Hay varias clases de carbón. Ven á mi casa, beberemos una buena taza de café; esto no me lo puedes rechazar.

—Escucha; tengo que hablarte de un asunto muy delicado. Me dijeron que eres uu morfinómano.

—De poco tiempo para acá,—respondió Bukacki.—Si tú supieras cuán espléndidas visiones proporciona la morfina.

—¡Y como proporciona además una muerte lenta! ¿Será que no temes la muerte?

—¿Una muerte lenta? Oye, dime con franqueza, ¿no se te ha ocurrido jamás, que se pueda sentir la nostalgia de la muerte?

—No, más bien comprendo lo contrario.

—No te asustes,—repuso Bukacki tras una breve pausa:—no te daré ni morfina ni opio. Beberemos una buena taza de café y una botella de Bordeaux excelente. Será una orgía de buen género.

Pocos minutos después llegaron á casa de Bukacki. Desde luego se notaba que era una mansión señorial, por todas partes veíanse colocados objetos de arte, cuadros al óleo, grabados al acero, etcétera, etc., pero la impresión que en conjunto producía era una impresión de tristeza y de vacío.

En todas las habitaciones estaban encendidas las luces, Bukacki, ni durmiendo podía soportar la obscuridad.

Ordenó á su criado que traera una botella de Bordeaux, encendió fuego debajo de la maquina del café, y después de haber invitado á su amigo que tomara asiento, se tendió en el sofá.

—¿De modo que tú crees que no le tengo pizca de miedo á la muerte?—preguntó de improviso Bukacki á su amigo.

—Observo,—contestó Polaniecki,—que te complaces en engañar á los demás y en engañarte también á tí mismo. En el fondo, todo eso no es más que un artificio, un papel estudiado.

—La estupidez humana me divierte.

—Si tú te tienes por tan sabio, me sorprende cómo puedes llevar una vida tan miserable; porque á pesar de todos tus libros y de todos tus cuadros, vives miserablemente. Tú perteneces á la categoría de los que se falsifican. Tú quieres aparentar, y ahí está todo.

—Bien puede ser; pero con el tiempo viene á ser como una segunda naturaleza,—declaró Bukacki, que bajo la influencia del Burdeos parecía revivir.—Créeme, todo lo que me has dicho, ya me lo he repetido yo otras veces. Llevo la vida más estúpida y monótona que se puede concebir, rodéame un vacío espantoso, que yo trato de llenar con todas esas fruslerías que he amontonado en mi casa. Pero conmigo nada tiene que hacer el miedo á la muerte. ¿Por qué había de tenerle miedo á la muerte, sabiendo que con esta se acaban todos los sentimientos y todos los pensamientos, y sabiendo que por medio de ella viene uno á convertirse en una pequeña parte de la nada? Pero no todos pueden darse cuenta de esa nada, ni explicársela. Por eso mi salud está en malas condiciones, y esto me quita toda mi energía. Me falta el combustible y por esto me lo tengo que proporcionar artificialmente. En cuanto tomo este combustible, en seguida me pongo á considerar la vida por su lado ridículo, y me olvido de que estoy enfermo. Esto me va bien, y ahora creo haber desarrollado completamente la tesis.

—Si tú te pudieras decidir á abrazar una profesión,—empezó á decir Polaniecki.

—Déjame en paz, es inútil hablar de eso. En primer lugar, no sería capaz de ejercerla, á pesar de que tenga cierta instrucción; en segundo lugar estoy enfermo; en tercer lugar, de nada serviría aconsejar á un cojo que ande derecho, y basta con eso.

Vacia tu vaso y hablemos de tí. La señorita Plavicki es una real moza y haces bien en casarte con ella, porque te quiere con toda su alma.

Bukacki, á quien el vino hacía efecto, iba animándose por grados, y se hacía comunicativo.

—Todo lo que durante el día voy diciendo,—continuó,—son cosas supersticiales y no vale la pena de que se las tenga en cuenta. Pero ahora ha llegado la noche; bebamos un vaso de buen vino y pasemos una hora en plena confianza. De consiguiente puedes leer en el fondo de mi alma. No sé qué es lo que proporciona la gloria porque no la he conseguido, y como el templo de Efeso fué ya incendiado, tampoco tengo esperanza alguna de poderla conseguir. Pero, si realmente el ser rico es cosa agradable, lo sé porque soy rico. He recorrido las cuatro partes del mundo, y por esto conozco el placer de los viajes. Sé lo que es la libertad, porque soy libre yo; me atrevo á emitir un juicio sobre las mujeres, porque las conozco suficientemente. Puedo juzgar un libro, porque he leído muchísimos; á más de todo eso, poseo cuadros al óleo, miniaturas y varios objetos antiguos. Y ahora aguza el oído y préstame atención. Todo esto es nada, todo esto es vano, todo eso es tonto si se compara con un corazón que nos ame, Aquí tienes el resultado de todas mis observaciones, resultado que sólo ahora he logrado, al revés de los hombres normales que sostienen lo mismo en cuanto empiezan á raciocinar.

—Lástima que á pesar de esta convicción, no quieras hacerte amar y no quieras casarte.

—Juzgar con acierto y obrar también con acierto son dos cosas muy sencillas. Yo sería un excelente candidato para el matrimonio,—dijo Bukacki echándose á reír expansivamente. Había recobrado todo su buen humor.

—He oído hablar de locuras,—dijo Polaniecki casi con tono colérico,—pero de locuras como esta,

nunca. Es deplorable que vosotros, tú y tus congéneres, no lo queréis reconocer, sólo por la manía de ser originales.

XXX

El gran momento, la *catástrofe*, como la llamaba Bukacki, había llegado. Si existe un día en que el hombre no puede darse cuenta de sus propios pensamientos, este es el día de la boda. Ideas confusas é indistintas se agrupaban en el cerebro de Polaniecki. Parecía comprender que empezaba una nueva época para él y que estaba á punto de asumir grandes deberes; pero al mismo tiempo se extrañaba de que el coche no hubiese llegado todavía. Estaba contento, mas al mismo tiempo experimentaba un verdadero temor para el porvenir. Percibía en cierto modo la grandeza de aquel momento, y sin embargo, mientras estaba jabonándose para afeitarse, declase que habría sido más conveniente hacerse afeitar por un barbero. Pensaba que en aquel momento Marina se estaría vistiendo también, que se hallaba en su cuarto frente al espejo, y que el corazón le palpitaba inquieto.

—Mas nada temas, preciosa y querida criatura,—decía á media voz;—no tendrás para qué quejarte de mí.

Y se prometía ser siempre bueno y solícito para con ella.

Al mismo tiempo pensaba que el tiempo era muy hermoso, pero que en la iglesia haría frío; que dentro de una hora estaría allá, de rodillas al lado de Marina, que era mejor ponerse una corbata blanca de nudo hecho, que una corbata suelta; que el matrimonio es una ceremonia santa y grave, pero que por eso no hay necesidad de perder la cabeza; que dentro de una hora todo habría concluido, que al día siguiente partiría con Marina, y que se tenía que comprar una guía de ferro-carriles.

En aquel momento vino á interrumpirle en sus pensamientos el ruido de un coche que se había parado.

Poco después entraba en la habitación su agente Abdalski, que, junto con Bukacki, tenía que ser uno de los testigos.

Era un hombre guapo, de estatura elevada. Refirió que todos los hijos de Bigiel querían venir á la boda, pero que como los señores Bigiel hubiesen acordado llevar únicamente á los dos mayores, habíase originado una sublevación, que había reprimido en seguida la señora, distribuyendo un par de bofetones por rebelde.

Polaniecki lo llevó á mal y dijo.

—Yo lo remediaré. ¿Han salido ya de casa los Bigiel?

—Se disponían á subir al coche.

—Está bien. Yo iré en busca de esos chiquitines y los llevaré á casa de mi novia.

Y en efecto, tomó el coche y se hizo conducir á casa de Bigiel.

La camarera no se atrevió á oponerse, y por lo tanto, media hora más tarde Polaniecki compareció en casa de los Plavicki al frente de una verdadera compañía de pequeños Bigiel, vestidos con las ropas de diario, con gran asombro de la madre de aquellos pequeñuelos, que no cabían en sí de gozo. Polaniecki fué al encuentro de su novia y, después de haberla besado la mano, la dijo:

—La señora Bigiel quería dejar en casa á los niños. ¿No es verdad que he hecho bien en traerlos?

Marina se alegró de aquella prueba de buen corazón de su novio y recibió muy contenta á los pequeñuelos.

Los invitados hallaron esto muy original; pero la señora Bigiel, mientras procuraba poner orden en las desgredadas cabezas de sus hijos, no pudo menos que exclamar:

—¿Quién es capaz de impedirle á ese hombre hacer locuras.

Los dos novios estaban tan ocupados uno de otro en aquel momento, que para ellos nadie había en torno suyo. Mirábala él con una especie de admiración porque con su blanco vestido de desposada, su verde corona y su largo velo le parecía otra, la encontraba casi fea. La corona verde no sienta bien á todas las mujeres, y además, sus ojos, rojos á fuerza de llorar, parecían más rojos todavía, vestida como estaba completamente de blanco.

Polaniecki sintió que se apoderaba de él un sentimiento de compasión. Pensó que en aquel momento el corazón de Marina debía palpitar como el de un pájaro hecho prisionero.

Trató de animarla con palabras dulces que brotaban espontáneamente de sus labios. Cogidos de la mano, mirábanse ahora en los ojos con amor intenso y con íntima confianza para el porvenir. Unos cuantos minutos más, y luego habría principiado ya su vida en común.

Al fin volvieron á ponerse en orden sus pensamientos, y al aproximarse la ceremonia religiosa, una reflexión grave y solemne reemplazó á la viva inquietud de antes. Polaniecki pudo juzgar sus propios pensamientos, y observó con sorpresa, que á pesar de su escepticismo, sentíase totalmente emocionado por el acto que estaba á punto de realizarse. En el fondo empero no era escéptico. En lo profundo de su alma sentía un vivo anhelo de la fe religiosa, y si hasta entonces no se había decidido completamente por ella, debíase dar la culpa á la costumbre y á la incoherencia del espíritu.

Ante de contraer matrimonio, tuvo que someterse á otra ceremonia casi tan solemne como la otra. Tuvo que arrodillarse delante del viejo Plavicki, hacerse bendecir por él y escuchar el discurso de su futuro suegro.

Este parecía completamente conmovido, tenía trémula la voz, y con gran trabajo se pudo comprender que conjuraba á Polaniecki á que hiciese dichosa á Marina y á que de cuando en cuando visitara la tumba de su anciano padre y rogara por él.

Pero la solemnidad de aquel momento la vino á echar á perder Jozio, el hijo de Bigiel. Al ver éste á Playicki con los ojos llenos de lágrimas y á Polaniecki y á Marina arrodillados delante de él, se le figuró, por lo que le pasaba á él cuando su padre quería obligarle á pedir perdón, que debía tratarse de un castigo que se les imponía á los dos, y empezó á chillar desaforadamente, coreándole casi en seguida con gritos y lágrimas sus hermanitas y hermanitos.

Cuando se hubo logrado sosegar á los chiquitines, todos los presentes salieron para ir á la ceremonia religiosa.

Frente á la iglesia Marina rogó á Dios en silencio que la ayudara á hacer dichoso á su marido. Después dió el brazo á Polaniecki y entraron juntos en el templo por entre dos filas de curiosos y de invitados, á quienes los novios entreveían como en medio de una espesa niebla.

Reconocieron empero á la señora Emilia, que, envuelta en su velo de religiosa, les sonreía con los ojos llenos de lágrimas. Los dos jóvenes desposados pensaron que era Litka que en aquel momento les conducía al altar.

Empezó la ceremonia. Polaniecki, que tenía á Marina cogida por la mano, se sentía asaltado de una profunda emoción que no había vuelto á experimentar desde que su madre lo llevó á hacer su primera comunión. Comprendía que aquella ceremonia no era una ceremonia vulgar y que no solamente le daba el derecho sobre una mujer, sino que una fuerza oculta y sobrenatural presidía á

aquella unión de las manos y á aquel juramento de amor y de felicidad.

En medio del profundo silencio que les rodeaba, resonaron las solemnes palabras: «*Quod Deus junxit, homo non disjungat*», y Polaniecki se dió cuenta de que Marina se había transformado en una parte de él, como él mismo se había transformado también en una parte de ella.

El coro entonó el *Veni Creator*, y luego después los nuevos esposos abandonaron el templo, no sin haber recibido las felicitaciones de la señora Emilia.

—Dios os bendiga,—les dijo.

Y mientras los dos volvían á su casa, ella se fué sola al cementerio para anunciar á Litka que el señor Stach y Marina se habían casado.

XXXI

Dos semanas más tarde, el portero de la fonda Bauer, de Venecia, entregaba al señor Polaniecki una carta que llevaba el sello de Varsovia. Disponíase éste á entrar en una góndola, en compañía de su mujer para ir á la iglesia de Santa María della Salute, donde tenían que asistir á la misa que mandaban rezar con motivo del aniversario de la muerte de la madre de Marina.

Como Polaniecki no esperaba noticias importantes de Varsovia, metióse la carta en el bolsillo y le dijo á su esposa:

—Me parece que es temprano para ir á la iglesia.

—Sí,—contestó ella,—aun tenemos media hora de tiempo.

—Entonces nos podemos hacer llevar hasta el puente de Rialto.

Marina consentía siempre en todo. Jamás había ido al extranjero y todo cuanto veía produciale un